

# Alemanes indiferentes

Para Friedländer, el "antisemitismo redentor" condujo al genocidio ante la pasividad general

E. C.

**L**a "solución final" no respondió a la existencia de un plan preconcebido para el exterminio total de los judíos en los años previos a la invasión de la URSS. Esta es una de las tesis que Saul Friedländer, profesor de Historia en la Universidad de Tel Aviv y en la de California, expone en el primer tomo de su 'L'Allemagne nazie et les juifs, Les années de persécution (1933-1939)' (Ed. Seuil), libro que acaba de ser publicado en inglés y francés. Un intento de análisis global del Holocausto que tiene en cuenta "la política de los ejecutores, la actitud de la sociedad y el comportamiento de las víctimas".

El "antisemitismo redentor", una especie de antisemitismo racial, propio de la Alemania de la época, distin-

to del que existía en otros países europeos, llevado al paroxismo por Hitler y sus colaboradores, condujo a la decisión de exterminar a los judíos. Este reputado especialista, autor de numerosas obras sobre el nazismo y el genocidio de los judíos, llega a algunas conclusiones distintas a las expuestas por Daniel Goldhagen, para quien muchos alemanes estuvieron implicados en el Holocausto y la casi totalidad de ellos lo habría hecho si se les hubiera pedido. Según Friedländer, la reacción más común de los alemanes ante la persecución de los judíos fue la indiferencia. Aunque, "en el interior del partido y a veces en el exterior había núcleos de antisemitismo irreductibles, suficientemente poderosos para transmitir y amplificar las pulsiones de Hitler".

El examen de los seis primeros años de nazismo le lleva a concluir que "la sociedad alemana no se opu-

so, en su conjunto a las iniciativas anti-judías del régimen". No se cuestionó la política nazi a este respecto, que era marginal para los alemanes. Pero, aunque la gran mayoría compartía el antisemitismo tradicional ambiente y estaba de acuerdo con la segregación de los judíos, "no reclamó nunca medidas anti-judías ni exigió que fueran brutalmente aplicadas", ni quiso su expulsión de Alemania ni su aniquilamiento físico. Los "alemanes corrientes" fueron indiferentes, se contentaban con desviar su mirada.

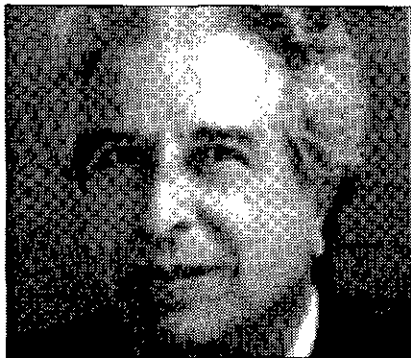
Ya desde el comienzo de la represión, Hitler adoptó una pretendida posición de árbitro entre lo que pedían los "radicales" del par-

tido y lo que era posible hacer en cada momento. Pero, destaca Friedländer, "nunca obligaron a Hitler a tomar medidas contra su voluntad". Su aparente moderación sólo respondía a motivos tácticos. En los primeros tiempos del régimen, "Hitler estaba dividido entre el odio a los judíos y su deseo de acción radical, por un lado, y la necesidad de observar una moderación táctica, por otro". Le preocupaba, sobre todo, la reacción internacional cuando aún no estaba preparado para la guerra. Sin embargo, nunca perdió de su vista sus objetivos ideológicos acerca de los judíos. Ya en su famosa carta sobre la "cuestión judía", en 1919, había definido cuál era el fin último de su política: "(...) la eliminación definitiva de todos los judíos".

Ninguna autoridad eclesiástica, protestante o católica, protestó por las primeras medidas anti-judías. Cuando ya en julio de 1936 la jerarquía de la Iglesia envió una memoria a Hitler denunciando los campos de



**HOGUERA**  
Un grupo de estudiantes nazis echa al fuego impresos "degenerados".



EL AUTOR Friedländer y la edición francesa de su obra.

**Las élites alemanas, con su apoyo tácito a las medidas anti-judías, tendieron un puente entre el extremismo nacionalsocialista y el conjunto de la sociedad alemana**

concentración y los métodos de la Gestapo, no hacía ninguna alusión a la terrible persecución que sufrían los judíos. No condenaba ni el antisemitismo ni el odio racial a los judíos.

En el medio universitario también existió ambigüedad, si no comprensión. Muy pocos levantaron su voz contra la injusticia terrible que sufrían sus compañeros. Entre los estudiantes fue aún peor. La "judeofobia cultivada" de la mayoría de los profesores arios se convertía en radical en los jóvenes.

"Las consecuencias de este hundimiento moral casi absoluto saltan a la vista: para muchos, las élites habían tendido un puente entre el extremismo nacionalsocialista y el conjunto de la sociedad alemana". Hitler comprobó que podía contar con el apoyo tácito de la Iglesia y la Universidad para sus planes. Cuando millones de alemanes sabían el alcance de la política de segregación de los judíos, "la mayoría seguía obnubilada por las dificultades de la vida

cotidiana". Algunos éxitos internacionales, pero sobre todo la fe inquebrantable en el Führer, llevaron a la "aceptación generalizada, pasiva o no, de las medidas contra los judíos". Pese a la indiferencia de la mayoría hubo casos de reprobación a los nazis. En una ocasión, Goebbels mostró su indignación por la "manera escandalosa" en que algunos compatriotas defendían que el judío era también un ser humano.

Si Goldhagen asegura que el "antisemitismo eliminador" inserto en la cultura alemana llevaba a la "solución final", Friedländer habla de "antisemitismo redentor". Sólo la eliminación de los judíos, mediante la expulsión o el aniquilamiento, traería la redención del pueblo alemán. Se trataba de una lucha a muerte contra el "diablo judío" que quería dominar el mundo. Centenares de miles de alemanes compartieron con Hitler esta visión, una patología comparable a la de las sectas. Sólo había dos caminos: la perdición o la redención.

**UNIÓN** Hitler comparte un almuerzo con un grupo de seguidores de las SS.